

Martes 31 de Julio de 1923

ACADEMICOS

La grippe ha tenido su repercusión en el campo de las letras. Más previsora que la naturaleza, la Academia Chilena, en vista del aumento de la mortalidad, ha resuelto incrementar el número de los inmortales.

Cinco caballeros de buena voluntad y además un escritor - don Carlos Silva Vildósola, han jurado ante los Santos Evangelios imitar a este último y respetar en adelante los fueros del idioma.

Nada tiene esto de particular. Desde tiempo inmemorial, los seradores, por haberse extraviado el Evangelio destinado a ese objeto, vienen prestando el juramento constitucional sobre un volumen del Diccionario de la Lengua, cuyo formato se asemeja lo bastante al de aquel, para salvar las apariencias.

En un país en que los padres conscriptos juran ante el Diccionario, es perfectamente lógico que los académicos juren ante los Santos Evangelios.

Por lo demás, se necesitaría poseer un sutil espíritu de investigación para poder distinguir a un académico chileno del resto de los ciudadanos. No rige con ellos la frase bíblica de "por sus frutos los conoceréis".

Porque una de las características más comunes a nuestros "inmortales", es la de no ser literatos. Entre ellos hay políticos, funcionarios públicos, historiadores, coleccionistas de dichos populares, abogados, etc.; pero los escritores, brillan, en general, por su ausencia.

CELICH UC

La última hornada académica puede servir de ejemplo. Figuran en ella, además del señor Alessandri - que, dejando a un lado las incorrecciones del lenguaje, tiene justos títulos para optar al cargo, por el desarrollo y la importancia que ha sabido dar a la lengua durante su mandato; el señor Yáñez - no el literato don Nathanael, sino el político don Eliodoro -; el señor Dávila, que no es, por cierto, el director de "La Nación", sino el marido de una de nuestras más distinguidas artistas; el señor Laval, que ha ocupado largos años un puesto en la Biblioteca; y el Padre Morales, virtuoso miembro de la Comunidad Franciscana.

Don Carlos Silva Vildósola, que completa el número, como una demostración de que aún escribiendo bien, se puede ser académico, semeja casi un artístico lunar en ese grupo de hombres arrancados a las más diversas actividades del país.

Ni don Pedro Nolasco Cruz, ni don Alberto Edwards, ni don Eliodoro Astorquiza, han contado con un solo voto para hacerle compañía...

Aún más - descendiendo a la juventud que se levanta-, ni don Rafael Maluenda, autor de los mejores discursos de uno de los académicos recién nombrados, ni don Mariano Latorre, con "Zurzulita"; ni Prado con "Alsino"; ni Acuña, con "Capachito"; ni siquiera Barrios, con "El Hermano Asno" - que podría muy bien haber entrado -, han hallado cabida bajo la cúpula, o mejor dicho el tejado de vidrio, de la Academia Chilena.

Para entrar allí - haciendo las debidas salvedades - se requieren otras condiciones, ajenas en absoluto al cultivo de las letras, lo que habla muy en alto, si no del afecto hacia la lengua castellana, del espíritu patriótico que preside las resoluciones de la docta corporación.

La Academia Chilena, amante antes que nada de la verdad, ha querido ser el fiel reflejo del país; ha querido demostrar a la madre patria y al mundo, que Chile es un pueblo práctico que desdeña las disquisiciones literarias por las realidades del trabajo; ha querido, en fin, demostrar que en este rincón de la América, la instrucción y la cultura no son patrimonio de las clases altas, y que, en

consecuencia, a pesar del analfabetismo, el resto de la población no se encuentra, respecto a ellas, en una situación tan desventajosa como se pretende.

Al leer los discursos de los académicos chilenos, sus colegas españoles se convencerán de la altivez de nuestra raza, puesta a prueba por la espada de Arcilla, raza indomable que no ha aceptado jamás ni el idioma, ni la ortografía, ni las reglas de sintaxis de los conquistadores.

Cuando, v. gra., el académico señor Alessandri, diga que "la nave del Estado, una de cuyas ramas más profundas constela en el corazón del actual mandatario, le satura con las pulsaciones del alma popular", u otras metáforas por el estilo, Maura y sus colegas comprenderán toda la audacia y toda la iniciativa del pueblo que no lograron dominar los bravos tercios íberos en cuatro siglos de lucha.

Todo esto honra a la Academia nacional y hace que el público se felicite de la acertada designación de sus anteriores miembros, y también de estos últimos, o sea, de sus miembros posteriores.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile